

ENTREVISTAS LITERARIAS

V. CON DON ALBERTO EDWARDS

Lector de mis entrevistas, curioso y preguntón, hoy te he engañado. Esta no es una entrevista literaria. Pero no importa. Los espíritus inquietos y curiosos, necesitan asomarse a todos los horizontes, perforar todas las dudas, abrir boquetes en todos los espíritus, e interrogar a todas las encendidas voluntades.

En este rincón nuestro que dormita bajo el indiferentismo, es necesario saber lo que piensan, lo que proyectan, lo que sueñan, lo que buscan, lo que anhelan, esos pocos que todavía piensan, proyectan, sueñan, buscan y anhelan...

Más de algún acrobata literario, me sonreirá irónicamente, hablándome de arte puro, me declamará que a los veinte años sólo debemos buscar la emoción y la belleza, y cuando me vuelva las espaldas despreciativo, sé que se irá componiendo unos alejandrinos insultantes para un vecino con quien tiene enredado algunos rencores de barrio, y sé que cuando me encuentre esta noche me recitará un soneto dolorosamente vulgar que escribió para los ojos de su polola gentil, y sé que si le manifiesto que eso no me gusta, me dirá que yo no entiendo de arte puro, de emoción, de belleza...

Pero tú, lector mío, que sabes que entre los románticos el más romántico me creo yo, tú que sabes que amo las tardes y los rítornelos, los ojos femeninos y los sueños apagados; sabes también que escribo esto porque me enamora asomarme a todos los horizontes, perforar todas las dudas, abrir boquetes en todos los espíritus, interrogar a todas las volunta-

des encendidas, que todavía proyectan, anhelan, buscan y sueñan...

★

El señor don Alberto Edwards me recibe sintiendo las sabrosas perezas de la siesta interrumpida. Me invita a su escritorio. Mientras cruzamos un patiecillo lleno de sol, me dice:

—Yo duermo todos los días hasta las 3, porque madrugo mucho, me levanto a las seis.

Esto enciende mi admiración, porque a mí, la noctámbula riente y venenosa, no me deja madrugar sino hasta el medio día. Lo admiro.

Entro a su sala de trabajo. Es amplia y oscura. En la penumbra meditan los volúmenes. Mientras el señor Edwards revuelve sus libros yo lo observo. Es alto; con hombros de atleta, algo echados hacia adelante. Su cara rapada, evoca ciertas fisonomías norte-americanas. Es muy sencillito.

Cogiendo su sombrero y algunos papeles, me dice francamente:

—Vamos al "Zig-Zag" y allá conversamos.

Salimos. Caminando por la calle Rosas hablamos del magazine que aparecerá en Enero, y que es de importancia para todos.

—No se tratará tan sólo de asuntos económicos—me dice—también tendrá páginas amenas.

Un instante de silencio, y luego:

—Nosotros conversamos largamente la manera de darle el rumbo más práctico a esta publicación, y hemos encontrado que la enseñan-



